Escape en la Patagonia
- El inicio del Chamán -

Alba Viviana Magariños

Escape en la Patagonia

– El inicio del Chamán –

Alba Viviana Magariños

avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2023
©Alba Viviana Magariños, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-39-8
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-32022-2023

Prefacio

Los mapuches son, tanto en laArgentina como en Chile, el pueblo originario más numeroso de todos, el cual, hasta hoy en día, conserva su idioma y sus costumbres muy arraigadas y las defiende con orgullo. En la región patagónica de ambos países, más del cincuenta por ciento de la población lleva en su sangre ADN araucano, como también se le llama a los mapuches; sin embargo, a pocos les gusta reconocer esta realidad.

Pero la provincia del Chubut, en particular, tiene una característica muy singular que fue marcada con la llegada en 1865 de colonos galeses, que arribaron con la esperanza de establecerse y poder trabajar la tierra, conservando sus costumbres en un marco de paz y tranquilidad. Ellos fueron recibidos pacíficamente por estos pueblos compuestos por los tehuelches y los mapuches, e hicieron un aporte enorme fundando ciudades, compartiendo sus conocimientos, creando una red de canales de riego para aprovechar el único río en el valle y multiplicando la cantidad de tierra fértil para el cultivo. También impulsaron el

comercio con la construcción del ferrocarril, que uniría el valle con Puerto Madryn.

En tal escenario se desarrolla esta historia de aventura, magia y suspenso, en la cual un grupo de adolescentes inicia el camino hacia su madurez, afrontando peligros y amenazas, soportando la dureza del clima patagónico y las dificultades de una región que deben atravesar con el impulso de un sentimiento de unión y amistad inseparable, sin saber exactamente hasta dónde tendrían que llegar, pero sí dónde no querían regresar.

En esta historia seremos testigos del nacimiento de un nuevo «machi», como se denomina en la cultura mapuche a un chamán, que es la persona que ejerce la magia capaz de sanar, practicando rituales en los que obtiene su poder a través de las fuerzas de la naturaleza. En el mundo espiritual mapuche o «feyentun» no existen dioses ni santos, solo entidades espirituales ligadas a la vida y a la tierra, que otorgan la bendición de sostener la vida.

Los eventos se desarrollan después de la finalización del confinamiento originado por la pandemia de Coronavirus. Encierro que en muchos casos sirvió para ocultar abusos o maltratos dentro de familias que tuvieron que sufrir en silencio. Pero, la vida siempre busca su camino para continuar, y la noche siempre es seguida por el amanecer. Así, un grupo de adolescentes encuentra la forma de combatir la soledad y nace entre ellos un lazo indisoluble que inicia la aventura de sus vidas.

Diversos personajes van a mezclarse en esta historia, algunos están dispuestos a brindar su ayuda y otros son capaces de hacer lo que sea con tal de conseguir aquello que buscan. En este marco y con cada uno de sus pasos, conoceremos la geografía, la flora y la fauna de una tierra que, aún hoy, es centro de investigaciones antropológicas, paleontológicas y geológicas. La intriga y

la búsqueda de un desenlace nos guiará hasta una disyuntiva que obligará a los protagonistas a tomar una de las decisiones más difíciles de las que se pueden tomar en la vida.

¿Cuál será el futuro de Newen? ¿Hasta dónde llegarán sus pasos? ¿Podrá el amor abrirse camino y superar los obstáculos? ¿Seremos testigos de un final feliz?

Quizás no existan los finales, la vida siempre continúa. Incluso si termina, podremos hablar de reencarnación. Y si hablamos de felicidad, bien sabemos que esta se trata de una emoción subjetiva, que está lejos de ser permanente. Por eso, cuando se lea el último párrafo de esta novela, lo que aparenta ser un final puede renacer en un nuevo comienzo…

Capítulo uno:
Newen

María golpeó la puerta tímidamente y dio un paso hacia atrás. La casa de líneas modernas tenía las paredes revestidas en piedra y los ventanales de vidrio tonalizado, era mucho más imponente de lo que ella había imaginado. El niño que estaba a su lado la tomaba fuertemente de la mano, era la primera vez que ambos visitaban Rawson, la capital de su provincia, Chubut.

Nadie contestaba y entonces María pudo ver un aparato a un lado de la puerta, parecía un interruptor, aunque nunca había visto algo parecido. Allá en su pueblo, Yala Laubat, apenas tenían luz durante algunas horas al día, gracias a un generador que funcionaba agasoil. Presionó el botón y enese momento desde el otro lado una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Soy María, la señora que viene recomendada por Isabel, mi prima. Vengo desde el interior para ocuparme del cuidado de un niño.

—¡Ah! María, sí, pase por favor—dijo al mismo tiempo que habilitaba la entrada.

María escuchó un ruido e intentó abrir la puerta, pero no lo consiguió. Desde adentro una mujer joven se apresuró para ayudarla a entrar. Cuando lo hizo, su mirada se orientó hacia el niño que la acompañaba y sonrió.

—Hola, me llamo Ariana, soy la mamá de Franco.

—Hola, soy Newen.

Ariana miró al niño y no pudo evitar pensar que tendría la edad de su hijo, unos seis o siete años, quizás. Sin embargo, Newen se veía fuerte, lleno de salud, con su cabello negro hasta los hombros y su piel apenas oscura. Sabía que María y su hijo eran descendientes de mapuches y que venían buscando una oportunidad de trabajo.

—¿Cómo fue tu viaje, María?

—Largo, difícil. Hace mucho frío en la meseta y el colectivo tuvo que parar dos veces por reparaciones. Por eso he llegado tarde. Perdón—dijo, bajando la mirada.

—No te preocupes, María. Por favor, vengan, que les muestro su dormitorio.

Ariana los guió al piso superior. Ocuparían una pieza al lado de la del pequeño Franco.

Newen se asomó a la puerta de la habitación donde estaba el hijo de Ariana. Le sorprendió ver un montón de aparatos junto a la cama, parecidos a los de un hospital. Mientras ambas mujeres conversaban, él se acercó al niño y se paró a su lado. Lo sintió débil, inmóvil, indefenso. Tomó su mano con suavidad y la sintió casi helada. Franco despertó y, moviendo apenas sus ojitos, lo miró sorprendido.

—Hola, me llamo Newen.

El niño movió lentamente sus labios y sus mejillas flácidas intentaron dibujar una sonrisa.

Detrás, Ariana, que había visto la escena, quedó impactada. Pocas veces su hijo despertaba. Pensó que había hecho bien en aceptar a María con su hijo, para trabajar enla atención de Franco. Todavía recordaba el día en que, por una mala maniobra de un vehículo en el carril contrario, sufrieron un accidente del cual el pequeño apenas pudo sobrevivir, aunque con una parálisis cerebral que resultó ser irreversible.

Newen y su madre vivieron en ese hogar grande y espacios o donde predominaba el silencio. Ariana y su esposo regresaban muy entrada la tarde, excusándose en tener que hacer horas extras para cubrir los gastos que la atención del niño les deparaba.

María se ocupaba de controlar los aparatos que mantenían con vida al pequeño, cambiaba sus pañales y lo lavaba con una esponja húmeda pacientemente.Secaba su piel en forma suave y maternal mientras entonaba canciones en mapudungun, ofreciéndole todo su cariño. Las enfermeras lo visitaban por la tarde y la ayudaban con el cambio de la ropa de cama, colocaban el suero con la medicación y anotaban las novedades en una planilla colgada a los pies de la cama.

A Newen la casa le parecía enorme, como un palacio de los cuentos que a vecesle leían, era la primera vez que tenía un baño en el interior y además había un bidet, que él no sabía usar, y hasta una ducha con agua caliente. Tenían calefacción y conoció por primera vez lo que era un televisor, al que miraba maravillado siempre y cuando su madre le diera permiso y los dueños no estuvieran.

Cuando llegó el momento de empezar las clases en la escuela, se sintió un poco intimidado. No conocía a ninguno de

sus compañeros y lo miraban raro, como si el color de su piel lo hiciera inferior o fuera un extraño habitante llegado de otro planeta. Pero, cuando Newen volvía de la escuela, le gustaba ir a la habitación de Franco y le contaba todas las cosas que había aprendido. Cada vez que recibía algún juguete, Newen corría escaleras arriba a mostrárselo a su pequeño amigo y pasaba horas jugando imaginariamente con él.

Sin embargo, pasaron dos años hasta que un día el titilar de los instrumentos anunció que el corazón de Franco había dejado latir. María lloraba desconsolada y los padres se abrazaron, aunque sin derramar una lágrima. Newen se hizo paso entre ellos y fue a despedir a su amigo, apretando su mano entre las suyas.

—«Pewkallal anay»—pronunció en su lengua materna mientras miraba hacia arriba como si se despidiera de algo solo perceptible a sus ojos.

María se quedó estupefacta y tomó de la mano a Newen, llevándolo a su habitación a los tirones.

—¿Qué viste, Newen? —le preguntó—. ¿Por qué miraste al techo?

Newen la miró con sus ojitos llorosos, sin entender por qué su madre no había presenciado lo mismo y entonces le explicó:

—Mi amigo se estaba despidiendo y me saludaba con su manito, ya estaba listo para emprender su viaje.

María cerró los ojos y respiró profundo, no era la primera vez que había notado que su hijo era distinto. Ya su madre, que era la curandera del pueblo, le había anunciado que el fruto de su vientre traía la bendición y la herencia del poder de la magia. Pero también sabía que no todas las personas estarían preparadas para entenderlo y que lo mejor sería ocultarlo o negarlo para bien de los dos.

Un par de días después tuvieron que mudarse y María alquiló una habitación en la que la cama hacía las veces de silla y la mesa también era la mesada para preparar los alimentos. El baño no tenía bidet, pero, al menos, la ducha tenía un calentador eléctrico y para ellos con eso era suficiente. Los inviernos allí fueron muy gélidos y la montaña de frazadas a veces no alcanzaba, porque las paredes carecían de revoque y se filtraba la humedad y el frío. No tenían gas y la cocinita gastaba rápidamente la única garrafa que en algunas ocasiones, en medio de la preparación de la cena, se terminaba.

Pero, en esos años, María no solo trabajó, sino que pudo hacer un curso de enfermería y cinco años después logró entrar en la guardia del Hospital Zonal Santa Teresita de Rawson. Newen ya tenía trece años y cursaba la secundaria en la Escuela n.° 752 Raquel Chattah de Bec para cuando María consiguió alquilar otra vivienda.

Esa tarde, cuando bajaron del taxi con sus bolsos, la sonrisa en el rostro de su madre y la satisfacción de haber podido progresar le llenaron el corazón de alegría y los dos se quedaron un momento frente a la casa, contemplando lo que para ellos era una postal. El barrio, en su conjunto, estaba conformado por viviendas modestas, construidas de bloques de cemento y techo de chapas, la calle era de ripio y algunas veredas no estaban terminadas.

La casa donde vivirían era sencilla y tenía las paredes despintadas, pero en el interior había un espacio iluminado por una ventana hacia la calle y que se comunicaba mediante una arcada con la cocina comedor. En la pared del fondo había una puerta que guiaba a las habitaciones y a un diminuto baño, sin bañera ni bidet. Pero, al menos, tendrían gas natural y hasta había un

termotanque. El pasillo se veía oscuro, pero tenía un calefactor enorme. Las habitaciones no contaban con placares, pero sí con ventanas hacia el patio trasero, que fue lo que más le gustó a Newen.

Cuando salió a la parte de atrás, comprobó que había suficiente espacio para hacer una quinta e improvisar un pequeño gallinero. Amaba la tierra y trabajarla tal cual había visto a su abuela allá en su lejano pueblo. Ella le había enseñado a diferenciar los distintos yuyos y sus propiedades medicinales, le había hablado de la importancia de los ciclos de la luna en el momento de plantar las semillas y de cómo, en la naturaleza, podía encontrar los alimentos y los remedios necesarios que habían sido provistos por su creador. También le había enseñado a respetar a los animales y a reconocer el poder que habitaba dentro de cada uno de ellos.

Mientras María se preocupaba por conseguir algunos muebles de segunda mano para llenar lo que a ellos les parecía una espaciosa casa, Newen construyó un gallinero y compró con sus ahorros cuatro ponedoras, sorprendiendo a su madre. Ella miraba con orgullo lo grande que estaba aquel niño que era la razón de su vida y que la había motivado a progresar. Newen solía esperarla con la comida y hasta había aprendido a amasar el pan como recordaba que lo hacía su abuela.

Fueron años felices, que disfrutaron de su mutua compañía y en una convivencia armoniosa y llena de agradecimientos. Pero Newen ya era adolescente y María lo veía cada vez más independiente.

En una tarde, cuando llegó de trabajar, se sorprendió al ver que una vecina saliera de su casa, después de saludarla amablemente, contenta, le susurró:

—Vine a buscar unos yuyitos. El otro día, su hijo me dijo que le preparara un té a mi esposo, que sufre de acidez, y de un día para el otro se le desapareció. Y eso que llevábamos como tres meses de médico en médico. Ahora vine a buscar la bolsita para calentar con agua y hacerle los vapores a mi hijo, que está engripado, vio —dijo la señora, sonriendo.

En otra tarde, estacionó un auto frente a su casa, golpearon las manos y, cuando María salió, una señora le consultó si estaba el chico que hacía los preparados. Ella se sorprendió y no sabía qué decir, aunque por dentro ya lo sospechaba. Newen, que estaba en el patio, se acercó y le dio una bolsita con unas hojas verdes que parecían ser laurel y romero.

—Muchas gracias, muchacho —dijo la señora, sacando la billetera de su cartera.

—No, no hace falta —dijo Newen—, si usted quiere, otro día me trae una bolsita de mezcla para alimentar alas gallinas, nada más.

La señora agradeció contenta y se subió al auto, saludando al alejarse. Newen miró a María y agachó la cabeza como disculpándose. Primero había sido la vecina, después otro vecino que se enteró de la mágica curación, después un pariente de este último y así, de a poco, todas las tardes alguien se presentaba requiriendo su ayuda.

María también agachó la cabeza y tuvo que reconocer que habría sido inútil tratar de ocultar algo que cada vez se hacía más evidente.

—Quiero viajar a la aldea, quiero ver a la abuela, a mi «Chuchu»—dijo en su cumpleaños número quince.

—No podemos viajar, Newen. Yo con mi trabajo, vos con la escuela…

—Puedo ir solo. Está el auto que dejó el tío cuando vino a atenderse en el Instituto Cardiovascular.

—Pobre tu tío, que Dios lo guarde en su gloria. Ni hables de su auto, además vos sos menor.

—Si eso te preocupa, esperaré a cumplir diecisiete, pero quiero volver a mi pueblo.

María bajó la cabeza y prefirió terminar la conversación.

Capítulo dos:
Sobrellevando el encierro

El confinamiento no le cambiaba demasiado la rutina a Newen, salvo por el hecho de que no tenía que asistir a clases. A los-dieciséis años, su vida trascendía con las numerosas actividades domésticas que lo mantenían ocupado: se encargaba de la huerta; de las gallinas, que requerían alimentación y limpieza; de las tareas hogareñas y la preparación de las comidas, incluso el pan casero; también del secado de hojas y flores parala preparación de aceites esenciales y extractos medicinales. Sin embargo, lo que más entusiasmo le despertaba en esos momentos era la reparación del viejo Fiat de su tío, ya que representaba la posibilidad de viajar a la aldea con la excusa de regresarlo y así podría visitar a su querida Chuchu.

Pero, en esos días, Newen junto con tres de sus amigos y compañeros de colegioacostumbraban reunirse en su casa por las tardes, para compartir unos mates y algo rico para merendar. Así, con charlas, música y risas trataban de sobrellevar el aislamiento social y los efectos que les producía semejante inercia a

sus juveniles cabecitas llenas de emociones, proyectos y ganas de hacer cosas. Tanta angustia, ansiedad, tristeza y frustración contenida, sumada al cambio de sus rutinas los tenía descolocados, por lo tanto, la casa de Newen, tan tranquila y disponible, era el lugar ideal.

A ninguno le importaba que fuera una vivienda humilde, porque era cálida y acogedora, y cada uno podía relajarse y dejarse ser sin censuras. Como María trabajaba casi todo el día por su función en el ramo de la salud, tan requerido y sobrecargado por esos días, los adolescentes se turnaban en traer algo para compartir, y así disfrutaban de los mates que, aunque no eran aconsejados durante la pandemia, ellos compartían sin cuidado. Durante el par de horas que solían encontrase se sumergían en otra dimensión, donde todo era posible y soñaban que podían cambiar el futuro que su presente parecía negarles. Eran días llenos de proyectos y esperanzas, momentos de felicidad, pero que, cuando llegaba la hora de regresar a sus vidas, los obligaba a colocarse nuevamente su armadura, para poder afrontar sus realidades sin morir por dentro en el intento.

Rawson ya no era «la ciudad del ruido», como fue llamada alguna vez cuando se organizaban carnavales, en los cuales todo el pueblo participaba y se competía por quien tenía la carroza más grande y original, sin que a nadie le faltara su disfraz. Cuando en las calles todo eramúsica, risas y bailes, cuando el pueblo tenía otro ímpetu y ansias de crecimiento. Entonces, durante la pandemia, la capital del Chubut tenía una actualidad muy distinta, en la cual fuera del horario de trabajo de las entidades públicas, el movimiento decrecía y casi no se veía gente por las calles. Quizás porque sus habitantes elegían como destino de sus salidas ciudades cercanas como Trelew o inclusive Puerto Madryn. Hasta su

tan querida Playa Unión, carente de servicios elementales para el turismo, era reemplazada por otras playas que competían con sus atracciones.

El confinamiento por la pandemia acentuaba aún más la quietud y la ciudad se asemejaba a esos pueblos de las estaciones de tren que alguna vez brillaron con el ir y venir de las personas y el movimiento comercial que generaban, pero que, al dejar de pasar el tan preciado transporte, se convirtieron de a poco en lugares olvidados y solitarios.

Golpearon la puerta, el primero en llegar fue Emanuel, «el Chiva», al que llamaban así por la forma que dejaba crecer su barba. No era demasiado alto, la ropa le quedaba holgada; solía estar ojeroso y su tez era tan trigueña como la de Newen. Siempre usaba un buzo con capucha, que nunca se quitaba ni siquiera dentro de la casa. Conocía a Newen desde hacía años y más que amigos eran como hermanos. Llegó con unas tortas fritas para el mate.

Detrás de él venía Francisco, era el más reciente en el grupo, más bajo que el Chiva, más pálido aún y siempre con su gorro de lana, queriendo disimular un poco la pelusa que apenas cubría su cabeza, consecuencia de los numerosos tratamientos que realizaba por su enfermedad, la leucemia. Claro, esto no le impedía para nada ser el más alegre y motivador del grupo, aunque a veces tenía recaídas o se ausentaba con sus viajes a Buenos Aires para hacerse estudios y tratamientos innovadores. A Newen le era inevitable recordar en él a Franco.

Estaban por entrar cuando al trotecito se acercaba Diana, saludando y pidiendo que la esperen. Todos se dieron vuelta a mirarla para deleitarse con su enorme sonrisa y ver el vaivén de sus dorados cabellos. Los rayos del sol desde atrás alumbraban

su figura alta y atlética. Ella se acercó y saludó uno a uno con un beso, a pesar de las restricciones. Para Newen era inevitable dejar de verla, podía sentir su piel tan suave y tibia, el aroma dulce de su perfume. Nunca había experimentado algo así con un simple beso en la mejilla, ese cosquilleo que le recorría el cuerpo desde la cabeza hasta la de sus pies, como una electricidad que disparaba sus sentidos.

Diana traía la belleza de su herencia galesa. Su nombre había sido elegido en alusión a la visita de la princesa de Gales a la ciudad de Gaiman, allá por 1995.

Newen se había tomado demasiado tiempo para observarla, hipnotizado por esos ojos que parecían haberle robado el color al cielo. Fran y el Chiva empezaron a reírse, y con una palmada en el hombro lo empujaron para el interior de la vivienda, apurándolo para que ponga la pava.

Sus tardes eran simples, se tiraban en el sillón y ponían música, se turnaban para preparar los mates, con rondas de charlas en las cuales todos respetaban la opinión de los demás y se animaban a expresar sus ideas sin tapujos. Francisco siempre tenía algún chiste como sacado de la galera para hacerlos reír y le gustaba hacer payasadas. A Diana le gustaba la música, así que revisaba viejos CD o buscaba en la computadora alguna lista de reproducción para ambientar la reunión.

Ella cantaba en el coro de Gaiman y una vez, como solista, había sido premiada en el Eistedffod, que se realizaba anualmente por la comunidad galesa en Trelew, en el famoso salón San David. Antes de la pandemia, Diana tenía una vida llena de actividades fuera del horario escolar, inglés, básquet y coro. Pero el confinamiento le había dado la oportunidad de unirse a este grupo y disfrutar con sus amigos, no era tan malo después de